

que no viese el fondo de la empresa ó tan falto de escrúpulos que la aprobase de buenas á primeras. El propio Cavour se contradice. En 31 de agosto, tres días después de la entrevista de Chambéry, en el momento en que el emperador iba á llegar á Thonón, el primer ministro sardo envió á Arese, que se encontraba entonces en el balneario de Evian, un telegrama cifrado concebido en términos apremiantes para que se avisase lo más pronto posible con el emperador. «Confesad, telegrafíabais Cavour, que el gobierno ha tolerado y hasta apoyado á Garibaldi, pero ha impedido y reprimido enérgicamente las expediciones mazzinianas. ¡Es imposible que nos dejemos distanciar por la demagogia en Nápoles; una vez operada la anexión, trataremos de que no se ataque á Roma ni al Austria. Si es preciso, nos batiremos solos con Austria. Pero el emperador no dejará destruir por coalición al único aliado de Francia. Explicad que la tirria no es contra Turín, sino contra París.» Arese vió al emperador, y si hemos de dar crédito á Cavour, obtuvo de él una segunda aprobación, aunque algo más mezclada con censura que la primera. ¿A qué ese nuevo mensajero si el asentimiento había sido desde luego tan completo y sin reservas?

A falta de testimonios bastante desinteresados para que de ellos se desprenda la certeza completa, podemos basarnos en todas las negociaciones anteriores de Napoleón con Italia para sentar sin gran temor de equivocarnos lo que fué la famosa entrevista de Chambéry. Aun teniendo en cuenta las exageraciones piemontesas, la responsabilidad del emperador pesa mucho. Una sola palabra hubiera detenido á los italianos: un «no» muy claro y muy breve. Ese «no» (hasta los despachos emanados de nuestra cancillería lo atestiguan) no fué pronunciado. Un solo punto falta aclarar y es la dosis exacta de violencia que á Napoleón le plugo tolerar ó prohibir. ¿Aprobó con placer la iniquidad, como afirmó Cavour? No es muy admisible. Sin duda hizo lo que nunca dejó de hacer con los italianos, que fué guardar silencio unas veces, silencio que éstos fingían tomar por una aprobación, y otras veces entablando una discusión que pronto se convertía en una retirada. A juzgar por los acontecimientos que siguieron, Napoleón procuró sin duda disminuir el atentado al derecho de gentes, restringir el campo de la invasión y transformar la invasión misma en una especie de marcha estratégica. Con relativa firmeza indicó los puntos, los acantonamientos cercanos á Roma que habían de ser cuidadosamente respetados. Luego se calló ó dejó hacer, dejando flotar sobre toda la entrevista una especie de obscuridad buscada que permitiese á los unos ser audaces y á los otros darse después por engañados. Tal fué seguramente la actitud de Napoleón. No sé si la palabra complicidad sería demasiado dura, pero la palabra debilidad sería á no dudarlo demasiado suave. Si no hubiese habido más que simple debilidad, ésta sería inexcusable, pues las recientes empresas italianas habían hecho ver claro á todo el mundo, á excepción de los que se obstinaban en no ver. Cabe repetir aquí el proverbio oriental: «Si me engañas una vez, tuya es la culpa; si me engañas dos veces, la culpa es mía.»

Suponen que el emperador dijo al general Cialdini: «Obrad, pero pronto.» Lo cierto es que los sardos se ingeniaron en hacerlo así. Ya habían reforzado todos

sus cuerpos de ejército entre Plasencia y la Católica. Sin más tardar, los acercaron á la frontera. Importaba que las tropas que invadieran el Estado pontificio pareciesen llamadas por el deseo de los habitantes. Respecto á éstos ya hemos visto los manejos de Cavour. Como se precipitaban los acontecimientos, el primer ministro sardo redobló su vigilancia y su celo. A sus instancias, La Farina puso á sus afiliados en movimiento. «El día 8, escribió este último, los comités de la *Sociedad nacional* en las Marcas y en la Umbría tomarán la iniciativa de una vigorosa insurrección (1).» Ricasoli cuidó de que se imprimieran proclamas en Florencia, y los paquetes estaban preparados para que la fijación en las esquinas se operase en el momento de la invasión. En Toscana constituyéronse á las órdenes del coronel Masi varios cuerpos francos que excitarían á la rebelión en las fronteras del Estado pontificio y lo invadirían luego preparando el camino al ejército regular. Cavour estaba tan seguro de la conquista que la organizó de antemano. El Sr. Valerio sería nombrado gobernador de las Marcas y el Sr. Pepoli gobernador de la Umbría, y como éste era pariente del emperador, la última de las dos designaciones pareció sobre todo oportuna y hábil. «Hemos resuelto ocupar las Marcas y la Umbría,» escribió el primer ministro á Villamarina. Y añadió con cínico candor: «Haremos esto la semana próxima.» La operación exigía no sólo el concurso del ejército, sino que también el de la marina, en caso de tener que sitiarse Ancona por mar. Cavour escribió á Persano que estuviese preparado para salir de Nápoles al primer aviso. Efectivamente, poco tiempo después, los sardos habían de abandonar furtivamente, en una noche oscura, la rada napolitana, y, al amanecer, el comandante de la escuadra vecina, el almirante inglés Mundy, había de consignar con sorpresa aquella desaparición: «Persano, escribió en su diario de á bordo, ha salido la noche pasada con rumbo desconocido (2).»

Así se llevaban á cabo los preparativos, á toda prisa. Una sola cosa contrariaba á Cavour y á sus amigos y era la apatía de las provincias que iban á libertar. En las Marcas, los gérmenes de sedición fructificaban bastante bien, pero en la Umbría resultaban casi estériles. «La insurrección marcha lentamente,» escribía Fanti. Cierta es que añadía con cinismo: «No faltarán pretextos para la invasión.»

Así todo á punto, no faltó más que aplicar al papa la fábula del *Lobo y el cordero*. El ejército, compuesto de cinco divisiones y puesto bajo el mando en jefe del general Fanti, fué dividido en dos cuerpos: uno, á las órdenes del general Della Rocca, fué reservado para la ocupación de la Umbría; y el otro, confiado al general Cialdini y mucho más considerable, fué destinado á la invasión de las Marcas. Estas divisiones se escalonaron en la frontera, dispuestas á pasarla. Cavour se encargó de redactar el ultimátum de que había de nacer el estado de guerra. El pretexto (pues se necesitaba uno) fueron los armamentos del papa. «Los cuerpos pontificios, decía Cavour, se componían de gente de toda nación, de toda lengua y de toda religión; lo cual ofendía profundamente la conciencia pública de Italia

(1) La Farina, *Epistolario*, tomo II, pág. 413.

(2) Almirante Mundy, *Hannibal at Palermo and Naples*, página 245.

y de Europa. La conciencia del rey Víctor Manuel no le permitía ser testigo impasible de las represiones sangrientas con que los mercenarios extranjeros ahogaban en sangre italiana toda manifestación del sentimiento nacional.» La conclusión era que el gobierno pontificio «desarmase inmediatamente á todos los cuerpos extranjeros que eran una perpetua amenaza contra la tranquilidad de Italia.» Escogióse un mensajero cuya personalidad agravase el insulto del mensaje. Este fué el señor Della Minerva, el mismo que, hallándose poco antes de embajador del Piemonte en Roma, había sido allí un verdadero fautor de oposición. El propósito era exasperar á la Curia pontificia con la esperanza de que una réplica injuriosa permitiría justificar la agresión á los ojos de Europa. El Sr. Della Minerva fué detenido en Civitavecchia y, sin que se le dejase llegar á Roma, tuvo que poner el ultimátum en manos del delegado. En 11 de septiembre, el cardenal Antonelli contestó: «No debo disimular, decía, que para replicar con calma á la comunicación de Vuestra Excelencia he tenido que violentarme mucho.» Seguía la refutación, si refutación puede llamarse la demostración de la evidencia. Pero ¿qué falta hacía la contestación? Aun antes de que saliese de Roma, la razón del más fuerte había sido, como en la fábula de La Fontaine, juzgada la mejor, y las tropas sardas habían pasado la frontera pontificia.

V

Dejamos á Lamoricière, en mayo de 1860, en pleno trabajo de organización militar. No había perdonado estímulo, ni promesa, ni rigor para asegurar al papa un ejército. Había desplegado una actividad inaudita en reclutar é instruir á los soldados, mejorar y completar la oficialidad, organizar los arsenales, los almacenes de equipo y los depósitos de víveres. Durante los meses de verano que los romanos suelen consagrar al descanso, el general francés arrojó los ardores de la estación sin que su actividad disminuyese nunca. Había reducido al silencio las oposiciones, ora con arranques de cólera que espantaban, ora con una afabilidad que seducía. Había impreso actividad á la administración, desterrado abusos y castigado fraudes, haciéndose temer de todos y querer de algunos. A fines de agosto empezaban á tocarse los resultados. Estos eran muy apreciables, pero desproporcionados á la intensidad del esfuerzo. El pequeño ejército se componía de diez y siete batallones de infantería, de algunas baterías de artillería, de cinco escuadrones de caballería, dragones, gendarmes, caballería ligera y voluntarios pontificios. El número total excedía de catorce mil hombres; pero, descontando los inservibles y las guarniciones, el efectivo real movilizable se reducía á unos siete ú ocho mil hombres escasos. El armamento de la infantería dejaba que de-sear. Los artilleros carecían de práctica y no contaban sino con un mal material de arrastre. Procedentes de nacionalidades diversas, los cuerpos de ejército se resentían de aquella diversidad de origen. Los batallones indígenas, salvo algunas excepciones, parecían mediocres. Los suizos tenían fama de buenos soldados, pero se hallaban muy trabajados por las intrigas revolucionarias ó piemontesas. Los austriacos tenían una organización bastante sólida, pero seguramente no irían más allá

de lo que exigía el estricto deber militar. Los irlandeses que formaban un batallón llamado *batallón de San Patricio*, no se hallaban aún equipados del todo; se distinguían por su vigor físico y por su admirable fe religiosa; en cambio se mostraban pendencieros, indisciplinados, y eran capaces de todas las extravagancias y de todas las abnegaciones. Los franceses, mezclados con algunos holandeses y un centenar de belgas, constituían la mejor fuerza del ejército. Algunos, los más ricos, se habían equipado á expensas propias y formaban un pequeño escuadrón de caballería, llamada de volun-



El general Fanti

tarios pontificios ó de *guías de Lamoricière*; los demás, á las órdenes del Sr. de Becdelievre, ex capitán de cazadores de infantería, componían el medio batallón de cazadores que se convirtió más tarde en batallón de zuevos. El efectivo de estas tropas selectas era entonces menos considerable de lo que se ha creído en general: á principios de septiembre, voluntarios de caballería y cazadores reunidos no pasaban de 450 hombres. Aunque poco numerosos, se hacían notar por sus aires aristocráticos y gozaban con cierta fatuidad de la atención que llamaban. Su nombre y su origen, que recordaban las guerras vandeanas (pues la mayor parte de ellos procedían del Oeste), podían constituir una dificultad. Parecía una partida realista organizada en el suelo italiano. Por esto el general no se cansaba de prescribirles la mayor prudencia á fin de contemporizar con la embajada de Francia, siempre muy susceptible y vigilante.

Lamoricière no dejaba de comprender las deficiencias de la organización creada bajo su dirección. Pero no creía que los sardos lo atacasen; no imaginaba en Cavour semejante audacia, ni en el emperador tamaña complacencia. En esto confiaba cuando, á principios de septiembre, llegaron á su cuartel general los rumores más alarmantes. Se habían visto partidas delante de la Católica y de Urbino; y se decía que había tal concentración de tropas sardas en la frontera, que no era

creíble que hubiesen sido llamadas á aquellos parajes por el solo deseo de la conservación del orden. Avisos de Pésaro y transmitidos á Esposito anunciaban que se habían visto convoyes de artillería camino de las Romañas. Finalmente, en la noche del 8 al 9, Urbino, Fossombrone y Città della Pieva fueron invadidas por partidas de voluntarios. Muy ansioso, Lamoricière telegrafió al cardenal Antonelli: ¿qué objeto tenían aquellos movimientos piamonteses?, ¿cómo había de dividir sus fuerzas? De Roma, Antonelli replicó que nada sabía, que se habían pedido explicaciones, y añadió: «Obrad libremente según vuestros planes.» El cardenal no se comprometía; pero en la obscuridad de las cosas, ¿qué otra contestación hubiera podido dar (1)?»

Al día siguiente, 10 de septiembre, las tinieblas se disiparon, pero fué para dejar ver una agresión que tenía tanto de banditismo como de guerra. Por la tarde, á la hora misma en que el Sr. della Minerva llegaba á Civitavecchia, un ayudante del general Fanti llegó al campo pontificio. El mensaje que traía era muy corto. El general en jefe sardo notificaba su resolución de invadir las Marcas y la Umbría, si las tropas del papa contenían en dichas provincias las manifestaciones del sentimiento nacional. Aunque muy cortés con el emisario, Lamoricière replicó que una declaración de guerra hubiera sido más leal que semejante intimación; y, difiriendo toda contestación oficial, dijo que esperaba órdenes de su gobierno. Aun se esperaba la contestación de Roma cuando, al atardecer, Fanti llamó á su ayudante anunciando que pasaría la frontera al día siguiente.

La extremada imprudencia obra con más seguridad que la extremada razón: aturde y aplasta. Vuelto de su estupor, Lamoricière pudo calcular lo apurado de su situación. Con un puñado de hombres tenía que luchar contra un ejército, y contra un ejército aguerrido, disciplinado y abundantemente provisto de todo, mientras que los batallones pontificios se hallaban apenas organizados, y aunque no podía dudarse del valor personal de muchos, se ignoraba cuál sería la resistencia general ante el enemigo. A este peligro se añadía el de la sorpresa, pues no se tuvo aviso de las hostilidades hasta el día en que comenzaban. Lo que agravaba la perplejidad del general en jefe era la configuración de la comarca que estaba encargado de defender. El antiguo Estado pontificio se prolongaba de Nordeste á Sudoeste y se hallaba dividido transversalmente en dos partes por la línea de los Apeninos. Con sus débiles fuerzas, Lamoricière no podía soñar en defender las dos vertientes, la del Mediodía y la del Adriático. Obligado á elegir, se trazó un plan bastante modesto, pero que era el único practicable. Considerando que la bandera francesa protegería á Roma y sus contornos, resolvió llevar el grueso de sus tropas al Oriente de las montañas, es decir, á las Marcas, expuestas á los piamonteses y á la revolución. Al adoptar esta conducta, no trataba de buscar la batalla, sino de evitarla, pues la juzgaba más peligrosa que fecunda en probabilidades de éxito. Su objetivo iba á consistir en ganar Ancona, evitando el encuentro de los sardos si era posible. La ciudad se hallaba bastante bien fortificada: la población, aunque mal dispuesta, podía ser contenida por medio de seve-

(1) Véase el informe del general Lamoricière, págs. 8 y 9.

ras disposiciones; los pontificios, aún no bastante agueridos para una lucha campal, lo estaba lo suficiente para combatir detrás de las murallas. La suprema esperanza de Lamoricière fué organizar cabe los muros de Ancona una buena defensa y esperar las resoluciones de Europa.

Después de los acontecimientos, se imaginó otro plan. Dijo que Lamoricière, en vez de alejarse de Roma, hubiera debido acercarse á ella, replegarse en los acantonamientos franceses y mezclarse con ellos al extremo de que estallase una colisión entre los sardos y nuestros propios batallones. La contestación es fácil. Los piamonteses no hubieran seguido á Lamoricière, sino que se hubieran contentado con apropiarse en paz de las Marcas y de la Umbría. Por otra parte, semejante retirada á través de las filas francesas hubiera tenido todas las apariencias de una huida más prudente que honrosa. Y siendo el honor, después de todo, lo único que se podía salvar, ¿qué hubiera quedado una vez perdido el honor?

Lamoricière, Antonelli y Merode no se resignaban á creer que Francia permaneciese silenciosa ó fuese cómplice. Entonces se asistió á un singular espectáculo. En Roma, Antonelli interrogaba ansiosamente al duque de Grammont. Desde Roma, el Sr. de Grammont, que nada sabía, interrogaba á Thouvenel. Y en París, Thouvenel, que no estaba mejor informado que Grammont, interrogaba al emperador. En cuanto al emperador, al partir de Saboya, se había dirigido hacia Marsella: pocos días después, y mediante un alejamiento demasiado oportuno para no ser sospechoso, iba á hacerse imposible de hallar marchándose á Argelia. Entre todos estos personajes iban á cambiarse ó cruzarse muchos telegramas. Las distancias y la ambigüedad buscada de los términos iban á aumentar la obscuridad. Más aún: el equívoco iba á ser una ciencia como en otros lo había sido la claridad, y se llegaría al extremo de tratar de cándido ó de intérprete infiel á todo el que se obstinase en hablar el límpido francés de antes. Mientras tanto, Cialdini iba á asegurarse de su conquista. Hay que referir esto en detalle y proyectar sobre esta intriga toda la luz que hasta aquí ha podido recoger la historia, destinada sin duda á completarse más tarde.

Durante el viaje del emperador á Saboya, Thouvenel, que se había quedado en París, no dejaba de tener inquietudes. Sin penetrar mucho en el fondo de las cosas, pues no sabía sino lo que su soberano tenía á bien decirle, había presentado concesiones «mucho más amplias» hechas por Napoleón al Sr. Farini. Muy sagaz y muy hábil, se fiaba poco de Cavour, aun cuando éste afectaba proclamarse garante del orden y adversario de la revolución. Temía que «se crease el desorden para tener el derecho de restablecer el orden.» Ni el papa ni el partido católico le preocupaban mucho, pero tenía la vaga aprensión de alguna incorrección prodigiosa que escandalizaría á Europa. Los rumores que circulaban, los despachos que recibiera habían aumentado su turbación. Comprendiendo que su puesto estaba al lado del soberano, temiendo los retrasos ó las malas inteligencias que se originan de los despachos telegráficos, Thouvenel se había brindado á ir á Marsella, donde el emperador acababa de llegar. En 8 de septiembre recibió la siguiente contestación: «Me hubiera alegrado mucho de

veros aquí; pero creo que las cuestiones son tan claras que no necesitan largo examen. Deseo escribir al rey del Piamonte lo que sigue: «Véome obligado á manifestaros mis intenciones; si, como dijo el Sr. Farini, vuestras tropas no entran en los Estados del papa sino después de una insurrección y para restablecer el orden, nada tengo que decir; pero si, mientras mis soldados se encuentran en Roma, atacáis el territorio de la Iglesia, me veo obligado á retirar mi ministro de Turín y á colocarme como antagonista.» Si aprobáis este lenguaje, escribid á Talleyrand que venga á Niza y le entregará mi carta.» Mientras el emperador juzgaba las cosas tan claras y meditaba una especie de advertencia al rey Víctor Manuel, el ultimátum al gobierno pontificio partía de Turín. A esta noticia, nuestro ministro de Negocios extranjeros, aunque poco sospechoso de simpatías por la Curia romana, experimentó una irritación que le honra. La intimación le pareció insolente y «los sofismas de Cavour impudentes (1).» En seguida envió al emperador un despacho noblemente insistente: «La resolución del gobierno sardo es atentatoria al principio de nuestra ocupación en Roma y constituye la violación más flagrante y menos justificable de los derechos de la soberanía. Suplico al emperador que considere que Europa no comprenderá que pueda tomarse tan exorbitante medida sin nuestro asentimiento, y que nuestras relaciones con todas las potencias del continente, sin exceptuar á Rusia, resultarán seriamente alteradas.» Horas después, en la mañana del 9 de septiembre, el ministro telegrafió de nuevo en estos términos: «Suplico al emperador que me autorice para expedir hoy mismo á Turín el telegrama siguiente: «Declarad oficialmente al Sr. Cavour, en nombre del emperador, que si no se nos da la seguridad de que la nota enviada al cardenal Antonelli no tendrá consecuencias, y de que el ejército sardo no atacará á las tropas pontificias, nuestras relaciones diplomáticas quedarán inmediatamente rotas con el gabinete de Turín, y Francia se pondrá en antagonismo con una política que, en el interés de su dignidad, de la paz de Europa y del porvenir de Italia, haría algo más que desaprobar.» El emperador contestó el mismo día 9: «Las graves noticias que me transmitís han hecho necesario el despacho siguiente que envío al rey de Cerdeña: «Vuestra Majestad sabe cuán adicto soy á la causa de la independencia italiana, pero no puedo aprobar los medios que hoy se emplean para obtenerla, pues esos medios van contra el fin que se desea. Si es cierto que, sin razón legítima, las tropas de Vuestra Majestad entran en los Estados del papa, veréme obligado á oponerme á ello. Hoy mismo doy la orden de aumentar la guarnición de Roma. El Sr. Farini me había explicado de una manera muy diferente la política de Vuestra Majestad. Ruégole, sin embargo, que crea en todos mis sentimientos de amistad.» Entre el telegrama imperial y la redacción enviada del ministerio de Negocios extranjeros se nota la diferencia. Lo que en la minuta de Thouvenel tenía la forma de una intimación se convertía, bajo la pluma del emperador, en una humilde y anodina súplica. El emperador y el ministro se alzaban contra la invasión; pero el empera-

dor no iba á oponerse á ella sino en el caso de realizarse sin «motivos legítimos.» A Cavour, al hábil Cavour, ¿había de serle difícil encontrar motivos legítimos? ¡Bien se descubrirían las huellas de la falaz entrevista de Chambery!

Hasta con su tímida reserva, el telegrama imperial constituía una protesta. Thouvenel se apresuró á transmitir al Sr. de Grammont lo que creyó, lo que todo el mundo hubiera creído una buena noticia. En Roma este mensaje reconfortó los ánimos. Se acababa de saber que el 62.º de línea había desembarcado en Civitavecchia. Cundió además el rumor (muy pronto confirmado) (2) de que el general Goyón, muy favorable á la causa del papa y que desde hacía poco tiempo se hallaba en uso de licencia ilimitada, iba á encargarse otra vez del mando. Sin embargo, la curiosidad se hallaba más excitada que satisfecha. ¿Qué significaba el lenguaje del emperador? «Se vería obligado á oponerse y á declararse antagonista.» ¿Se trataba de simples manifestaciones ó bien las tropas del emperador iban á marchar contra los piamonteses para obligarlos á retroceder? Los cardenales, los prelados, los jefes de misión, todos interrogaban al embajador de Francia. Este no se atrevía á contestar, y, al mismo tiempo, Thouvenel eludía en París las preguntas del nuncio. El papa se inclinaba á la desconfianza. «¡Ah, mi querido embajador!, decía al duque de Grammont, vuestra lealtad no es dudosa para mí, pero ¿estáis bien seguro de conocer las ideas de vuestro gobierno?» Y para suavizar el efecto de estas palabras, añadía con emoción: «¡Cuánto me alegraría de poder confundir yo mismo á los que ponen en duda las intenciones del emperador! ¡Cuánto me alegraría de proclamarlo digno hijo de la Iglesia y su primer defensor (3)!» La interpretación que los diplomáticos buscaban en vano, Merode, el impetuoso Merode, la había hecho ya en el sentido más favorable al papa y al honor francés. En un despacho transmitido á toda prisa al general Lamoricière (4), las palabras: «El emperador se verá obligado á oponerse» se habían convertido en estas: «El emperador se opondrá por la fuerza.» Entre las personas que rodeaban al general en jefe el telegrama despertó esperanzas que hicieron más amarga la decepción que siguió. Más tarde, habiendo sido publicada esta versión en el *Journal de Rome*, el embajador protestó vivamente contra la alteración (5). No se puede negar que el proceder del Sr. de Merode se ajustó poco al rigor diplomático. Dos cosas, sin embargo, me asombrarían: primeramente, que en medio de tantas incorrecciones monstruosas, el gobierno francés hubiese señalado ésta con tanta acritud; y, en segundo lugar, que hubiese reivindicado con tanta altivez el privilegio de haber hablado para no decir nada. Porque si el despacho telegráfico no tenía el sentido que el señor de Merode le atribuía, no era más que un regaño pueril indigno de un gran país.

El Sr. de Grammont, llamado á formular la protesta que acabamos de decir, no tuvo la suerte de interpretar fielmente los pensamientos de su soberano. No supo evitar la claridad y habló una lengua ininteligible. Veía

(2) Véase el *Monitor* de 13 de septiembre.

(3) Véase el *Secret de l'Empereur*, pág. 200.

(4) Informe del general Lamoricière, pág. 11.

(5) Véase *Journal de Rome*, 24 y 31 de octubre de 1860.

(1) Despacho del duque de Grammont, 9 de septiembre (*Le Secret de l'Empereur*, tomo I, pág. 188).